

Lenguas y dialectos en la institucionalización del japonés moderno

Katsuyuki Takenaka
Universitat Provincial d'Aichi

Resum

Japó no és un país homogeni lingüísticament, i la magnitud de les diferències en la parla col·loquial és tan gran que, sovint, la comprensió no sempre és fàcil entre els japonesos de llocs diferents. En l'article s'explica la creació d'una llengua estàndard japonesa durant la restauració Meiji de la dècada dels seixanta del segle XIX, així com el factor decisiu per a mantenir el lligam del japonès des de l'època feudal entre la seva dispersió parlada: l'escriptura. El procés de normalització va ser extremadament lent perquè les diferències en la parla eren molt grans, i perquè va ser difícil posar d'acord els filòlegs sobre les adaptacions que calia fer en l'escriptura. La normalització va prendre empena amb l'imperialisme japonès desfermat arran de l'annexió de Formosa (1895) i que no s'aturaria fins 1945. En aquests cinquanta anys es va fer prou clar que el japonès parlat estàndard seria el de les classes burgeses de Tòquio. Finalment, cal destacar el paper del sistema escolar i dels mitjans de comunicació social per a portar a terme la imposició d'aquest estàndard.

Paraules clau: Japó, geografia de les llengües, geografia cultural

Resumen

Japón no es un país lingüísticamente homogéneo, y la magnitud de las diferencias en el habla coloquial es tan grande que, a menudo, la comprensión entre japoneses de lugares distintos no siempre es fácil. En el artículo se explica la creación de una lengua estándar japonesa durante la restauración Meiji de la década de los sesenta del siglo XIX, así como el factor decisivo para mantener la unidad del japonés desde la época feudal entre la enorme dispersión de la lengua hablada: la escritura. El proceso de normalización fue extremadamente lento porque las diferencias en el habla eran muy grandes, y porque fue difícil poner de acuerdo los filólogos sobre las adaptaciones que era necesario hacer en la escritura. La normalización tuvo un gran empuje con el imperialismo japonés desarrollado a partir de la anexión de Formosa (1895) y que no pararía hasta 1945. En estos 50 años se hizo evidente que el japonés hablado estándar sería el de las clases burguesas de Tokio. Finalmente, hay que destacar el papel del sistema escolar y de los medios de comunicación social para poder imponer esta lengua estándar.

Palabras clave: Japón, geografía de las lenguas, geografía cultural

Abstract

Japan is not a linguistic homogeneous country. The magnitude of the differences among the dialects reaches the point by which understanding is difficult for people coming from different areas in Japan. This article explains the creation of a standard Japanese language during the Meiji restoration in the 1860s and also the setting of a decisive writing norms since the feudal period to maintain the unity of written Japanese in front of the oral dispersions. The process of standardization was quite slow due to wide range of differences among the oral uses and also because of the difficulties to reach agreements among linguists about the ways to adapt the writing norms. The process of normalization became stronger during the Imperial period that started with the annexation of Formosa (1895) and ending in 1945. In this fifty years period became quite clear the standard spoken Japanese would be the one used by the bourgeoisie from Tokyo. Finally, the role of the educational system and the media is analyzed to show its importance to spread and impose a homogeneous and standard modern Japanese.

Keywords: Japan, Language geography, cultural geography.

Institucionalización incompleta del Japonés

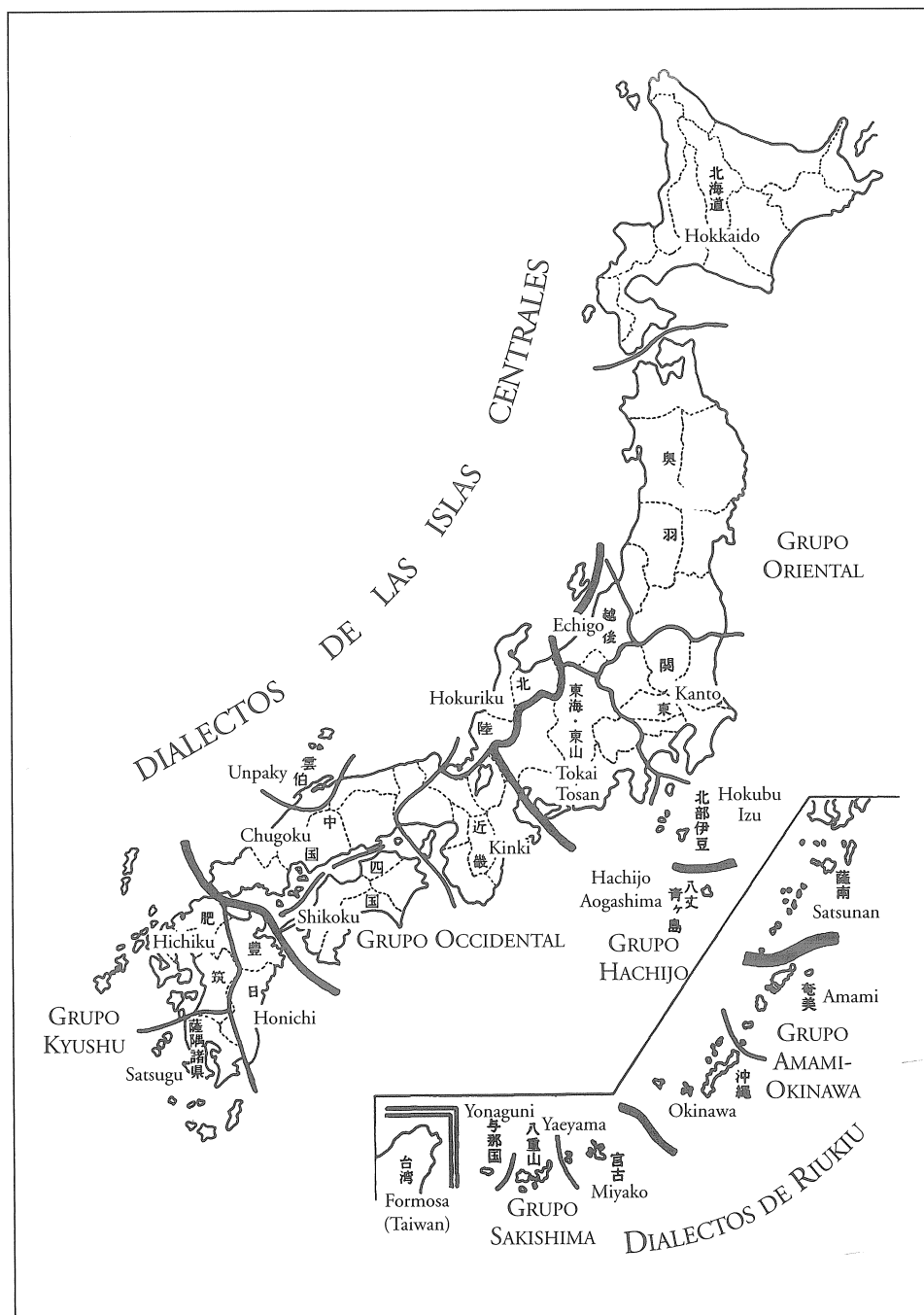
La institucionalización del japonés moderno ha sido a la vez un acontecimiento histórico y experimento sociopolítico de gran importancia en el desarrollo contemporáneo de Japón. En el presente artículo tratamos este proceso de cambio desde la perspectiva de la construcción del Estado moderno y su proyección territorial. Algunas singularidades propias de la lengua japonesa, sobre todo su sistema de escritura, serán objeto de una atención especial a lo largo de estas páginas. Pero antes, quizás no sea ocioso, dada la lejanía geográfica y cultural que supone este país de Asia para la mayoría de los lectores, partir de la constatación de algunos hechos básicos sobre la situación lingüística japonesa.

La única lengua común de los japoneses es el japonés. Este hecho bien simple, sin embargo, oculta otro mucho más desconocido: Japón, en contra de lo que podría ser su imagen corriente, está lejos de ser un país lingüísticamente homogéneo, sino, todo lo contrario, cuenta con una variedad de hablas que puede llegar a extremos bastante impresionantes. No se trata de una afirmación basada únicamente en la existencia del luchuánico o del ainu, lenguas autóctonas de Okinawa y Hokkaido respectivamente, sino también en la heterogeneidad del propio japonés, es decir, la inmensa variedad de modalidades dialectales que puede encontrarse dentro de lo que comúnmente se denomina la lengua japonesa.

Algunos datos concretos servirán para ilustrar el alcance de la afirmación anterior. Según una de las divisiones dialectales más reconocidas en Japón, los distintos dialectos del japonés se pueden dividir en dos grandes bloques por la importante distancia lingüística que separa ambos: por un lado, los de la isla de Honshu y de otras islas de dimensión intermedia apiñadas entorno a ella, y por otro, los de las pequeñas islas del archipiélago Riukiu. El primer bloque a su vez está sometido a una división secundaria en cuatro grupos y el segundo en dos, generándose de esta manera seis conjuntos de dialectos con una cierta cohesión interna, pero sin ser nunca homogéneos (Mapa 1).

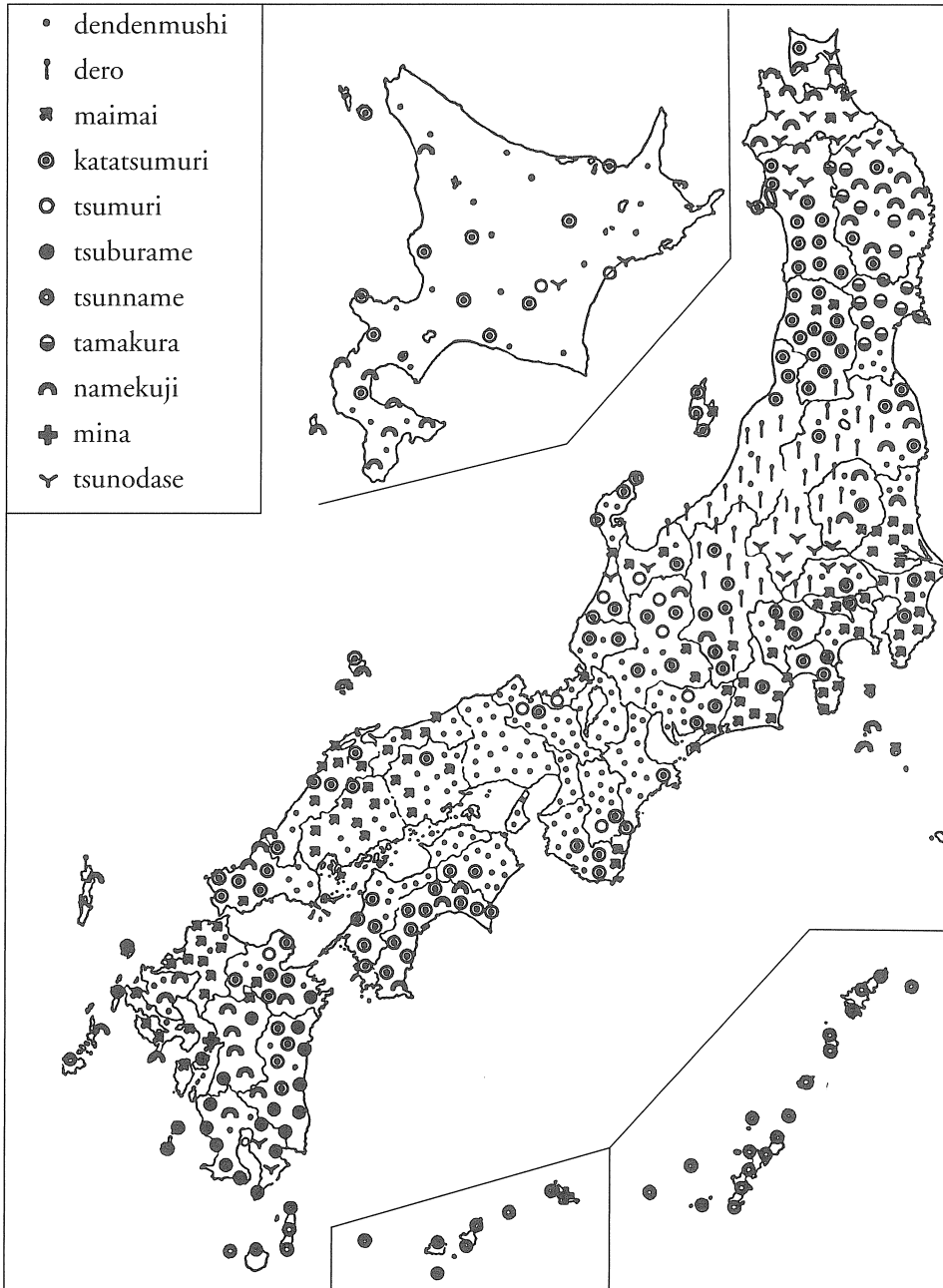
Un ejemplo muy expresivo de la diversidad de hablas de la que estamos hablando lo constituye las muy variadas palabras que se emplean con el significado de «caracol». Fue precisamente la observación sobre esas palabras lo que motivó al etnólogo Kunio Yanaghida a defender su famosa tesis sobre el proceso difusor del vocabulario en la conformación de los diferentes dialectos en Japón, un proceso que, partiendo de la región central de la isla de Honshu, fue marcando zonas concéntricas definidas por sus características comunes, fundamentalmente en el aspecto del léxico (Mapa 2). Y por último, para completar esta pequeña introducción, presentamos algunas frases relacionadas con la vida cotidiana, que harán ver el grado de dificultad para la comunicación que a menudo se les plantea a hablantes de dialectos alejados (Figura 1).

Mapa 1 División dialectal de Japón



Fuente: Elaboración basada en Hirayama Teruo (ed.), *Estudio preliminar sobre el vocabulario básico en los dialectos del japonés* (Zenkoku hoghen kiso goi no kenkyu josetsu), Meijishoin, Tokio, 1979, Figura 3.

Mapa 2
Ejemplo de diferencias dialectales en Japón:
palabras que significan «caracol»



Fuente: Elaboración basada en Tokugawa Munemasa, *Mapas dialectales del Japón* (Nihon no hoghen chizu), Chuoloronsha, Tokio, 1979, p. 15.

No obstante lo expuesto antes, y volviendo al tema inicial, el interés que tiene la lengua japonesa desde la perspectiva histórica y también geográfica no reside únicamente en la mayor o menor diversidad de sus variantes dialectales, sino, lo interesante radica más bien en el proceso de la gestación del propio japonés como lengua moderna y su implantación territorial en detrimento de los dialectos. Se trata de un proceso peculiar por dos cuestiones.

Una primera cuestión a considerar es el comienzo tardío de la institucionalización del japonés como lengua nacional que no tuvo su arranque definitivo hasta por lo menos finales del siglo XIX. Por citar algunos hechos llamativos, la primera institución creada para el establecimiento de normas lingüísticas data sólo de 1902, y ésta tampoco tuvo una vida demasiado afortunada, ya que diez años más tarde tuvo que desaparecer por falta de recur-

Figura 1
Algunas frases en dialectos del japonés

• Hago la comida:	
Mammataghi su.	[Norioka, Ou]
Suiji o suru.	[Tokio, Kanto]
Daidoko suru.	[Osaka, Kinki]
Munsugai sun.	[Motobu, Okinawa]
• Cultivo el campo:	
Hadaghe uji.	[Aomori, Ou]
Hatake o tagayasu.	[Tokio, Kanto]
Hatakē tagayasu.	[Osaka, Kinki]
Hatē achukyuyun.	[Naze, Amami]
• Hoy estoy ocupado:	
Kyo esogasu.	[Morioka, Our]
Kyō wa isogashi.	[Tokio, Kanto]
Kyō wa isogashi.	[Osaka, Kinki]
Kiuya pantashadu al.	[Tarama, Sakishima]
Nota: La primera palabra puesta entre paréntesis indica la localidad en la que se hizo el muestreo, y la segunda el subgrupo de dialectos al que pertenece, señalado en el Mapa 1 en letras pequeñas.	

Fuente: Elaboración basada en el Gran diccionario de dialectos del japonés actual (Ghendai nihongo hoghen daijiten), Meijishoin, 1992.

sos y no volvería a ver la luz hasta su refundación en 1934, en pleno auge del colonialismo japonés. Noticias sobre la gramática japonesa aparecen sólo a partir del siglo XVIII. Además, las primeras obras, realizadas por estudiosos de antiguos textos literarios, tenían un valor más bien descriptivo, y gramáticas escritas con vocación normativa tardarían mucho más en publicarse. Por último, el status del japonés como lengua nacional, aunque en la práctica social ha sido pocas veces puesto en duda, nunca ha sido confirmado en el sentido estrictamente jurídico. Sobre este último punto, bastaría con recordar que el japonés no fue declarado lengua del Estado ni en la Constitución del Imperio Japonés de 1889, ni en la actual Constitución promulgada tras la Segunda Guerra Mundial.

Una segunda cuestión a destacar es el carácter repentino y algo improvisado del proceso de institucionalización del japonés. Pues lo que hubo no fue una lucha más o menos prolongada entre distintas lenguas por ocupar un status hegemónico, ni dominio de una lengua predeterminada, ligada al centro del poder político, sobre las demás lenguas. Fue más bien una búsqueda o casi invento de una lengua común que sirviese de vehículo de comunicación entre japoneses en una multiplicidad de variedades dialectales que hacía harto difícil la comunicación entre la gente de distintas regiones, e incluso, entre diferentes clases sociales de una misma región. No hay que olvidar, sin embargo, que todo esto no ocurrió en un contexto político e histórico cualquiera, sino en una época concreta en la que Japón, tras más de dos siglos dominados por la política de aislamiento, decidió iniciar la construcción de un Estado moderno, intentando recuperarse a toda prisa del retraso secular que lo separaba del mundo occidental, y participar eventualmente en las carreras de expansión territorial reinantes en la época.

El habla y la escritura

Situadas las cuestiones básicas a tratar en las siguientes páginas, empecemos por una pregunta sencilla: si la institucionalización del japonés llegó tan tarde, ¿qué es lo que había antes? ¿No había unidad alguna en la lengua que hablaban los japoneses? Para aclarar estas dudas, es indispensable hablar de la significación sociocultural que en la lengua japonesa desempeña su singular sistema de escritura, ya que dicho sistema se constituyó hasta cierto punto en una garantía de la unidad del japonés como lengua escrita, pero, al mismo tiempo, permitió e incluso favoreció la tendencia a la diversificación en la lengua hablada. Quizás no sea éste el lugar idóneo para entrar en los detalles del sistema de escritura japonés, pero sí trataremos brevemente algunos elementos esenciales para entender los problemas que se plantearon de cara a la formulación del japonés moderno.

Los primeros libros de autores japoneses que han llegado a nuestros días son crónicas de principios del siglo VIII. Los antiguos japoneses escribieron esos

libros en chino, utilizando los caracteres que les habían enseñado los vecinos del continente asiático. Estos caracteres, los *kanji*, a diferencia de las letras fonéticas utilizadas en el mundo occidental, no son signos fonéticos, sino semánticos, es decir, corresponde a cada letra un significado o concepto determinado. En la lengua china existen hasta cincuenta mil *kanji* diferentes con significado propio, y no será difícil imaginar la cantidad de palabras que se pueden generar mediante la simple combinación de un par de ellos.

A través de los *kanji*, los japoneses no sólo empezaron a escribir, sino aprendieron innumerables conceptos culturales y filosóficos de origen chino. Pero pronto se descubrió que la utilización de esos ideogramas para escribir en una lengua tan flexiva como el japonés suponía una limitación importante para la expresión lingüística. Esto motivó, primero, el empleo de algunos de los *kanji* como signos fonéticos, y más tarde, hacia el siglo IX, la creación, mediante una drástica simplificación formal, de un sistema propio de silabarios, los *kana*, que son letras fonéticas que representan una sílaba.

Por otro lado, los nuevos conceptos que se importaron del chino siguieron representándose en *kanji* y se pronunciaron adaptando el sonido original chino al sistema de fonética japonés. Además, los japoneses, cuando encontraron un *kanji* con un significado equivalente al de una palabra propia japonesa, también lo aprovecharon para escribir. En esos casos, a cada *kanji* se le asignó la pronunciación correspondiente de la palabra japonesa. De esta manera, la mayoría de los *kanji* adquirieron dos lecturas distintas, la que proviene de la original china y la propia del japonés, y estas dos son las que aún seguimos utilizando hoy día. Así, empezó a gozar de una cierta aceptación social un sistema de escritura básico en el que una parte importante de palabras conceptuales se ponían en *kanji*, mientras que los *kana* se reservaban a representar los elementos flexivos o las posposiciones.

De todos modos, como las palabras procedentes del chino, en su mayoría palabras cultas, tenían un encaje difícil en la práctica de la lengua hablada, su uso tuvo que limitarse en gran medida al mundo de la escritura. Además, muchas de esas palabras resultaban difíciles de reconocer fonéticamente, ya que pequeños acentos que las diferenciaban en chino, se perdieron al adaptarse al sistema de fonética japonés, mucho más sencillo que el chino. Esas palabras, pues, eran muy fáciles de reconocer visualmente, pero para identificarlas en la conversación, era necesario situarlas en un contexto concreto (Figura 2). Este hecho, junto con la preferencia de los intelectuales al uso de palabras cultas de origen chino, constituye uno de los factores más importantes que propiciaron el divorcio de la lengua escrita y la hablada, que aún hoy, después de todo tipo de reformas que más tarde trataremos, no está resuelto del todo.

También hay que tener en cuenta que la base fundamental de la enseñanza en Japón estuvo durante muchos siglos en el confucianismo, una filosofía política y moral de origen antiguo chino, y que el confucianismo desarrolló casi exclusivamente en el mundo de *kanji*. De hecho, *Lunyu*, un conjunto de máxi-

Figura 2
kanji i kana

• Algunos <i>kanji</i> con su lectura idéntica en <i>kana</i>	
<i>kanji</i>	<i>kana</i>
小, 少, 升, 正, 生, 召, 庄, 承, 昇, 性, 相, 省, 昭, etc.	しょう (shō)
• Algunas combinaciones de <i>kanji</i> con lectura idéntica en <i>kana</i>	
<i>kanji</i>	<i>kana</i>
光度 (luminosidad)	
高度 (altitud)	こうど (kōdo)
硬度 (dureza)	
製糸工場 (fábrica de hilados)	
製紙工場 (fábrica de papel)	せいしこうじょう (sēshi kōjō)

mas de Confucio que sintetizan su pensamiento fue el material didáctico más usado en las escuelas clasistas de la era Edo, y esta situación no cambió substancialmente hasta después de la puesta en marcha del nuevo régimen escolar en 1872, pero esto ya en la era Meiji. De este modo, la escritura en japonés sirvió como una cultura aparte, o parte integrante de la cultura de las clases dirigentes, más que como un medio de reproducción o cristalización de la realidad lingüística viva de cada momento.

De esta manera, el japonés hablado evolucionó en sus distintas modalidades dialectales y cambió bastante rápido a lo largo de su historia, mientras que el japonés escrito, desde que se estableció el sistema de escritura propio hacia el siglo X, evolucionó muchísimo más lento, aunque también sufrió algunos cambios de estilo. Como consecuencia de este peculiar proceso histórico, las diferencias dialectales, que existen de alguna manera en cualquier lengua del mundo, llegaron en el caso del japonés a unos extremos poco corrientes, a la vez que fueron separándose progresivamente de la lengua escrita. Pero si el distanciamiento del japonés escrito del hablado se hizo cada vez más pronunciado, también cierto es que la escritura se convirtió prácticamente en el único vínculo que unía la lengua japonesa, compensando, aunque en situaciones limi-

tadas, el problema de la incomunicación entre modalidades diferentes que padecía el japonés hablado.

En definitiva, el japonés escrito evolucionó, pero mucho más despacio que el japonés hablado. A mediados del siglo XIX, justo antes del fin de la política de aislamiento mantenida por el feudalismo de la era Edo, las diferencias entre ambas formas de expresión lingüística ya eran difícilmente reconciliables.

Adaptarse a los nuevos tiempos

Los primeros intentos para la reforma aparecen tras la apertura de Japón hacia el exterior que comienza bajo la presión de potencias occidentales antes de ser asumida por el gobierno flamante del período Meiji como una tarea inaplazable. Ante la abrumadora presencia militar y comercial del Occidente, muchos japoneses se percataron de lo anticuado que eran su armamento, su industria y sus instituciones políticas.

Las reacciones ante la sensación de atraso, sin embargo, no se limitaron al terreno económico o tecnológico, ya que para muchos intelectuales de la época el mayor impedimento para la modernización de la sociedad japonesa radicaba precisamente en la confusa situación en la que se encontraba la lengua. Uno de los precursores de la reforma fue Arinori Mori, intelectual ilustrado y político que más tarde, como titular del nuevo Ministerio de Educación, desempeñaría un papel clave en la implantación del sistema educativo moderno. Para Mori, la yuxtaposición, desordenada según él, de elementos chinos y japoneses en una sola lengua, así como la discrepancia entre el habla y la escritura hacían del japonés un verdadero obstáculo para la modernización, y más concretamente, para la generalización de la enseñanza básica. Defensor de un pragmatismo a ultranza, Mori veía en el inglés una herramienta eficaz e indispensable para aumentar la competitividad de los japoneses como un pueblo que tenía que vivir fundamentalmente de comercios, insinuando incluso una eventual adopción del inglés como lengua nacional de Japón.

Frente a la postura extremista de Mori, pronto surgieron voces contrarias. La más representativa y también quizás más consistente era la de Tatsui Baba, para quien la existencia de palabras y caracteres chinos en la lengua japonesa no era en absoluto un hecho reprobable, sino, todo lo contrario, representaba más bien un elemento enriquecedor, un elemento que los antiguos japoneses supieron introducir en su propia lengua para aprender de China.

De todos modos, lo cierto es que en aquella época, para escribir en japonés era indispensable conocer un sinnúmero de *kanji* y saber manejar el complejísimo sistema de escritura, que parecía estar cerca del chino, más que del japonés de la época. El hecho de que el mismo Baba, siendo un gran orador en su propia lengua, el japonés, carecía de la cultura de la escritura china y por ello sólo se atrevió a escribir en inglés, constituye un claro exponente de la profunda división en la que estaba sumido el japonés. Baba escribió todo en inglés, hasta su

emblemática gramática japonesa, la primera de las que se elaboraron con una expresa intención de nomativizar el japonés actual. Es fácil ver, detrás de esta anécdota sencilla pero significativa, una sensación de desconfianza en el japonés compartida por amplios sectores de la población, que más tarde un destacado sociolingüista, Katsuhiko Tanaka, llamaría «pesimismo subsistente de los japoneses hacia su lengua materna».

En esta primera fase de iniciativas para la reforma del japonés, las propuestas concretas se centraron fundamentalmente en el sistema de escritura y los *kanji*. Para los impulsores de la reforma, en su mayoría estudiosos de la cultura occidental, la variedad excesiva de *kanji* y su complejidad formal y fonética eran simplemente una traba que había que eliminar, y desde esta óptica, propusieron la supresión de los *kanji* mediante el uso exclusivo de letras fonéticas. Para ello, algunos abogaron por la substitución de *kanji* por *kana*, mientras que otros más radicales defendieron la vía de la romanización total del japonés. En todo caso, para los defensores de esta tesis, las letras fonéticas como las que se utilizaban en el Occidente eran un símbolo de la modernidad y de la eficacia, es decir, la clave para el acceso a la civilización occidental.

Sin embargo, unas y otras propuestas tuvieron que terminar en fracaso, en parte por la resistencia férrea de muchos filólogos tradicionalistas que veían en el sistema de escritura vigente una identidad cultural de los japoneses desarrollada a lo largo de varios siglos. Pero quizás el factor más determinante del fracaso estuviese en la propia naturaleza de las iniciativas: todas coincidían en buscar la eliminación de *kanji*, mientras que no tenían claro qué habían de hacer con las palabras chinas y todas aquellas que eran representadas por *kanji*. Dada la simplificación fonética introducida en el proceso de adaptación al japonés, esas palabras, cuando puestas en *kana* o letras romanas, parecían a toda vista difusas y faltas de forma. Por consiguiente, todo intento de substitución de *kanji* por letras fonéticas estaba desde el principio condenado al fracaso, si no llevaba aparejada una propuesta seria para reformar el propio léxico, que en todo caso tampoco habría tenido viabilidad alguna, dado el profundo cambio que hubiese ocasionado sobre el conjunto de la lengua.

Además, había otro problema más de fondo detrás de estas iniciativas: no decían prácticamente nada sobre la división entre la lengua escrita y la hablada. Lo que hicieron los defensores de *kana* en sus obras experimentales fue simplemente la utilización de un estilo arcaizante que nos recuerda el japonés antiguo de la Edad Media. Mientras tanto, los partidarios de la romanización, para poner en práctica su propuesta, no supieron más que aferrarse al estilo rígido de la escritura china, aunque, eso sí, ahora todo fue puesto en letras romanas.

Crear el Japonés estándar

La segunda ola de intentos para la reforma del japonés llegó a mediados de la era Meiji, hacia el año 1900. Las nuevas propuestas compartían con las de

la primera ola su empeño en racionalizar el sistema de escritura, pero el objetivo final de la reforma, así como su trasfondo político, cambiaron casi por completo. Si a los dirigentes de principios del período Meiji les preocupaba el retraso de Japón en los distintos ámbitos, la cuestión central de la nueva época era, más que nada, la competencia con las potencias occidentales en busca de una mayor expansión territorial.

La puesta en marcha de la maquinaria institucional iniciada con la Restauración Meiji culminó dos décadas después en la promulgación de la primera constitución de 1889. Consolidadas las instituciones fundamentales del Estado y potenciadas las bases para la industrialización, Japón se lanzó a un proceso vertiginoso de expansión territorial, convirtiéndose poco después en una potencia militar importante de Asia. La ocupación militar de Formosa fue llevada a cabo en 1895, la de Corea en 1910, la de las islas del Pacífico en 1919, la de Manchuria en 1932, y así sucesivamente hasta el derrumbe definitivo del Imperio Japonés como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Tampoco hay que olvidar que la incorporación definitiva al ordenamiento jurídico japonés de dos regiones del actual territorio nacional, Okinawa y Hokkaido, sólo tuvo lugar bajo los gobiernos del período Meiji.

El desencadenamiento de la política expansionista trajo también consecuencias importantes para la lengua. En este sentido fue decisiva la victoria de Japón en la guerra con China en 1895. La victoria supuso, al menos para los propios japoneses, la supremacía militar y material de Japón respecto a aquel gran país del continente asiático del que habían aprendido durante siglos. Asimismo aportó a los japoneses la confianza en sí mismos, que empezaron a creer que ya había recuperado la distancia que los separaba de los occidentales. Por consiguiente, la cuestión de entonces ya no era sólo hacer una lengua moderna y eficaz, sino también salir cuanto antes de la subordinación cultural a China, el símbolo más visible de la cual eran precisamente los *kanji* y el sistema de escritura apoyado por ellos.

Así, se abrió una nueva etapa en la institucionalización del japonés moderno, una etapa marcada por la búsqueda de un patrón lingüístico nuevo, el japonés estándar, que fuese capaz de separar la lengua de los japoneses de la de los chinos de una manera lo más clara posible, y que al mismo tiempo pudiese ser un vínculo cultural y simbólico de los japoneses.

Los protagonistas de la reforma fueron sobre todo lingüistas de la nueva generación que habían estudiado en Europa la lingüística alemana y francesa. Para ellos, el modelo del japonés moderno tenía que encontrarse en el ejemplo vivo, es decir, en la lengua o las lenguas habladas, tan alejadas, como hemos constatado varias veces, de la tradicional escritura japonesa. Además, esta nueva visión contemporánea del japonés no era exclusiva de los progresistas japoneses. Ya antes del estallido de la Guerra Chino-Japonesa, Basil Hall Chamberlain, un destacado lingüista inglés y uno de los fundadores de la lingüística en la Universidad Imperial de Tokio, había defendido, durante su dilatada estancia en Japón de casi cuarenta años, la unificación del japonés hablado y el escrito

mediante el acercamiento de éste último al otro. Para Chamberlain, el complejo sistema de escritura japonés, además de ser un obstáculo serio para la generalización de la enseñanza básica, suponía una limitación al pensamiento natural y libre de las personas. Independientemente de lo acertado o no de esta última afirmación, lo cierto es que, en la era Meiji, la escritura japonesa llena de elementos chinos era todavía un bien casi exclusivo de los intelectuales.

La primera acción concreta y de importancia decisiva para la reforma del japonés fue llevada a cabo a manos de la Sociedad Imperial de Pedagogos. En 1901, pasados unos años desde la victoria militar a China, esta sociedad presentó una proposición dirigida a las Cortes Imperiales, donde se decía: «La independencia, difusión y desarrollo de la lengua nacional constituye el recurso más importante para fortalecer la unidad de la nación, así como para contribuir al incremento de la potencia nacional y al progreso de la nación, para lo cual creemos indispensable el unificar el japonés hablado y el escrito». Al año siguiente, aprobada esta proposición, se creó la Comisión para la Investigación sobre la Lengua Nacional con la misión central de hacer efectiva la unificación del japonés en el sentido apuntado. De esta manera, si alrededor de 1900, Japón con su política expansionista andaba a grandes pasos hacia un Estado imperialista, en el terreno de la lengua, también hubo un viraje no menos importante hacia un japonés imperial.

Los defensores de la unificación, sin embargo, pronto se encontraron con un problema básico al que debían dar de alguna manera una respuesta clara: en la lengua hablada no existía un modelo unitario al que pudiese ajustarse la lengua escrita. En realidad, lo que había en el japonés hablado de finales del siglo XIX eran diferentes modalidades dialectales sin que ninguna de ellas estuviese por encima de las otras. En este sentido, bastaría con recordar que el médico norteamericano, James Curtis Hepburn, aún mantenía en su diccionario de japonés publicado a principios de la era Meiji que la modalidad más prestigiosa del japonés era la que se hablaba en Kioto, una ciudad que, siendo la capital antigua de Japón, había perdido tal status, al menos desde el punto de vista estrictamente político, ya casi tres siglos atrás.

En todo caso, la decantación de la opinión mayoritaria por el apoyo al habla de Tokio, capital actual de Japón, parecía ser una tendencia prácticamente irreversible. Entre los partidarios de esta opinión, hay que destacar a Kazutoshi Ueda, que, elegido presidente de la Comisión citada antes, se convirtió en la figura clave de la institucionalización del japonés moderno. Ueda, tras volver de su estancia de tres años en Europa dedicada al estudio de la lingüística moderna, pronunció en 1894 una conferencia bajo el título de «Lengua nacional y el Estado». Se trata de una conferencia muy controvertida, que además de sentar las bases de su filosofía lingüística, dejó un legado importante a la futura generación de lingüistas japoneses. Ueda consideró la lengua como uno de los pilares que sustentan el Estado, junto con la raza y la historia, y defendió su peculiar visión *orgánica* sobre el vínculo inseparable entre la lengua y la nación. Para Ueda, la lengua no era una realidad forjada a través de acciones humanas

concretas, sino era como la sangre espiritual del pueblo, algo dado *a priori* sin la intervención de la voluntad individual. De ahí la concepción de la lengua como parte integrante del cuerpo nacional, *kokutai*, concepción esta desarrollada posteriormente por el lingüista Koichi Hoshina en su implicación activa en la política colonialista de Japón.

De cara a la institucionalización del japonés, Ueda, con su conocimiento de la fonología alemana, abogó por la adopción del habla de la clase media-alta de Tokio como el modelo básico al que tendría que ajustarse a su vez el japonés escrito. Esta postura lo llevó lógicamente a un rechazo frontal contra los defensores del japonés escrito de antiguos textos literarios, que para Ueda era como fósil de un pasado remoto, algo muy alejado de la realidad.

La Comisión para la Investigación sobre la Lengua Nacional presidida por el propio Ueda hizo una serie de propuestas de reforma en la que ocupó el lugar central la racionalización del sistema de *kana*. Los reformistas sostenían que, siendo signos fonéticos, los *kana* no podían ser un vestigio del viejo japonés y que tenían que adaptarse cuanto antes a la fonética del japonés actual para cumplir su función, no como una cultura reservada a los especialistas, sino como un instrumento asequible a través de la enseñanza básica. Además, Ueda situaba en el futuro horizonte de la reforma la supresión de los *kanji* y la consiguiente alfabetización total del japonés. De esta manera, la reforma de *kana* representaba para sus impulsores una etapa preliminar de un proyecto mucho más ambicioso para el desarrollo del japonés moderno.

La tesis de Ueda fue sometida a una crítica muy dura por parte de los filólogos tradicionalistas. Si estos últimos compartían con Ueda la idea sobre la lengua japonesa como sustento del Estado, discrepaban radicalmente por su defensa del japonés ancestral, heredado y acariciado desde la antigüedad, frente a la concepción racionalista y esencialista de Ueda. El enfrentamiento entre partidarios y detractores de Ueda fue tan grave que la reforma de *kana* terminó siendo revocada en bastantes aspectos, debido a la presión ejercida por el sector tradicionalista.

Con todo, para valorar los esfuerzos realizados para la creación del japonés estándar en su justa medida, es necesario tener en cuenta la reforma educativa que se realizó de una forma paralela, ya que las escuelas se convirtieron en un verdadero escenario de experimento para practicar un japonés estándar que nacía aún con muchas dificultades. En 1900, diez años después de la promulgación del Decreto Imperial de Educación, se introdujo en las escuelas de enseñanza primaria la nueva asignatura de la lengua nacional, y poco después, se publicó el primer material didáctico autorizado por el Estado para poner en práctica la enseñanza de esta asignatura recién creada (Figura 3). De esta manera, la educación básica desempeñó, junto con las primeras obras literarias escritas al estilo del japonés hablado, un papel decisivo para la difusión progresiva del japonés estándar, un japonés que ya anunciaba con todas sus limitaciones la despedida definitiva a una confusa situación lingüística que para muchos ni siquiera permitía concebir el japonés como una lengua cohesionada, con una identidad propia.

Figura 2 *kanji i kana*

Texto original:

朕惟フニ我カ皇祖皇宗國ヲ肇ムルコト宏遠ニ徳ヲ樹ツルコト深厚ナリ

Ejemplo de traducción al japonés actual:

私は、私達の祖先が、遠大な理想のもとに、道義国家の実現をめざして、日本の国をおはじめになったものと信じます。

Nota: El texto original, no obstante su carácter jurídico, no deja de ser un ejemplo paradigmático del japonés escrito del siglo XIX, que aún mantiene el estilo rígido de la escritura china. La traducción al japonés actual muestra bien a las claras el drástico cambio producido a lo largo de la última centuria.

Difundir el Japonés

Tras unos y otros intentos para la reforma del japonés, ¿qué pasó con los dialectos? Este interrogante nos vuelve casi inevitablemente al ya mencionado proceso tardío e incompleto de la institucionalización del japonés moderno y el peculiar contexto político en el que ésta fue llevada a cabo.

El singular proceso mencionado tuvo sus consecuencias más inmediatas en las escuelas de enseñanza básica, donde el japonés estándar que se enseñaba, o se intentaba enseñar, siguió siendo durante muchos años una materia poco consolidada, siempre pendiente de sufrir nuevos cambios. En contra de lo que a veces se supone, lo primero que las escuelas trataron de hacer no fue la eliminación de los dialectos de la clase. En realidad, lo que pudieron hacer a duras penas fue poner en práctica un sistema de enseñanza propio de un Estado moderno en el que por primera vez el japonés actual fue adoptado como materia de enseñanza, desplazando de esta manera la escritura china y el confucianismo que habían ocupado un lugar privilegiado durante muchos siglos.

El proceso vertiginoso de la expansión territorial, sin embargo, trajo consigo la introducción precipitada de la lengua japonesa en los territorios ocupados, sin dar previamente un tiempo suficiente para que el japonés estándar se consolidase con unas normas claras y con un nivel de consenso social. Y de este proceso algo improvisado, tampoco fueron una excepción Okinawa y Hokkaido, dos territorios de pleno derecho incorporados a Japón sólo unas décadas atrás. De este modo, la difusión del japonés a los territorios recién ganados tuvo que

ser inevitablemente un proceso muy controvertido, lleno de dudas y oscilaciones, y por supuesto, no faltaron situaciones tensas y conflictivas.

Dentro de un marco poco definido, el objetivo final de la política lingüística cambió de un momento a otro, marcando zonas concéntricas en función del grado de integración perseguido. Veámoslo con algo más de detalle a continuación.

En el territorio propio de Japón, la implantación del sistema de enseñanza moderno trajo casi automáticamente la difusión del japonés estándar como materia de enseñanza obligatoria, y el fruto de esta política no tardó mucho en sentirse. Dotado de un monopolio institucional, el japonés estándar consiguió poco a poco desplazar los dialectos a una situación de desprestigio. Los resultados de esta política, sin embargo, fueron bastante irregulares, dependiendo, entre otros factores, de la distancia lingüística que separaba cada dialecto del japonés estándar, y en todo caso, la incidencia real en la práctica cotidiana de la gente fue más que dudosa.

Si la política de difusión del japonés estándar, que para muchos suponía la erradicación de los dialectos, sacó en realidad efectos muy desiguales, fue en Okinawa donde se saldó con una consecuencia especialmente traumática. De hecho, la política de asimilación implementada en Okinawa perseguía como objetivo final la substitución total del luchuánico, su lengua autóctona, por el japonés. El japonés se presentó no como un medio de comunicación cualquiera, sino como un símbolo de la modernidad y de la lealtad al Imperio japonés, lo cual, bajo el régimen militar del período bélico, significaría prácticamente la aniquilación de la lengua autóctona. Hay que decir, sin embargo, que entre los propios autóctonos de Okinawa también surgió cierto interés por el aprendizaje del japonés, ya que, tras la victoria militar de Japón a China, el japonés comenzó a ser percibido como una condición necesaria para librarse de la discriminación, y aún más, una garantía para el éxito social.

Algo parecido puede decirse con Hokkaido. No obstante, la entidad mucho más reducida de la población autóctona, los ainu, así como el escaso interés estratégico que tenía esta región dieron a la política lingüística dirigida a los ainu un carácter mucho más marginal que en el caso de Okinawa, aunque no por ello menos traumático.

A Formosa y Corea, dos territorios extranjeros anexionados a Japón hacia 1900, se les aplicó una política lingüística más bien parecida a la que se llevó a cabo en Okinawa y Hokkaido, aunque con algunas diferencias significativas. La población de estos territorios fue obligatoriamente nacionalizada a Japón sin ser dotada del derecho de sufragio, y fue sometida a una política agria de integración nacional. Para ello, se enseñó el japonés como lengua «nacional», relegando las lenguas autóctonas a un uso esporádico y complementario.

Y finalmente, tras la Primera Guerra Mundial, Japón ocupó, bajo el nombre de protectorado o territorio bajo mandato, regiones extranjeras como las islas del Pacífico o Manchuria. Sin embargo, en estos territorios anexionados contra la voluntad de los países integrantes de la Sociedad de Naciones, Japón ya no pudo

mantener la política de integración nacional como la que se practicó en Formosa y Corea. Para los gobernantes japoneses, la lengua japonesa seguía siendo el mejor medio para la transmisión del espíritu nacional. Pero, en la práctica, se vieron obligados a tolerar el uso de las lenguas autóctonas, bien por la inmensa dimensión de los territorios que ya desbordaban su capacidad de control, o bien por la necesidad de justificar el dominio sobre estas regiones ante las potencias occidentales.

De este modo, la política de difusión del japonés fue perdiendo parte de su rigor inicial según se alejaba hacia las periferias del Imperio. Lo curioso es que fue en esas periferias donde se evidenciaron de una forma nítida los problemas inherentes a la creación y difusión del japonés estándar.

Por un lado, el frente de batalla en torno a la reforma de *kana* fue abierto en los sitios más alejados del centro del Imperio. Cuando los lingüistas y filólogos estaban todavía divididos entre reformistas y tradicionalistas, los profesores enviados a fuera se encontraron ante la necesidad urgente de tener un modelo único de japonés con el que enseñar a sus nuevos alumnos. Los problemas prácticos que les planteó la experiencia de la enseñanza a personas con un fondo cultural y lingüístico muy distinto les hizo decantarse inevitablemente por la reclamación de un sistema de *kana* simple y adaptado a la fonética actual, lo cual suponía una pugna contra el sector tradicionalista desde el mismo lugar de la práctica lingüística.

Por otro lado, el propio profesorado representaba, en parte, los problemas ocasionados por la tardía e incompleta institucionalización del japonés, ya que el cuerpo docente carecía en su mayoría de un conocimiento adecuado y de práctica para utilizar correctamente el japonés estándar. De hecho, no era nada excepcional encontrarse ante una situación de risa, en la que dos profesores enviados al mismo destino, con el material didáctico preparado en sus manos, no tenían más remedio que quedarse sorprendidos por la práctica imposibilidad de comunicarse entre ellos mismos por el simple hecho de ser hablantes de dialectos distintos.

En definitiva, el conocimiento del japonés estándar se difundió, más que nada, a través de los libros de texto, o dicho de otra manera, como una lengua transmitida fundamentalmente por la escritura. Si nos limitamos al aspecto de la lengua escrita, podemos afirmar que la política de estandarización dejó unos resultados nada despreciables, aunque el grado del éxito varía de una región a otra. Curiosamente, donde los efectos reales de la estandarización terminaron siendo limitados fue precisamente en el hablado, lo cual parece paradójico, habida cuenta de que el japonés estándar fue fruto de la sistematización de una realidad lingüística viva, la de la clase media-alta de Tokio.

Llegada de la nueva época

Terminada la Segunda Guerra Mundial que acabó definitivamente con la ambición expansionista del Japón imperial, se abrió una nueva época. Japón perdió todos los territorios que habían ocupado fuera de su frontera, y se esta-

bleció un régimen democrático con la nueva constitución que se hizo efectiva en 1947.

En el terreno de la lengua, también se produjeron cambios importantes. Poco después de la guerra, en 1946, se aprobaron, a propuesta del Consejo de Lengua Nacional, dos reformas fundamentales: una para la reducción substancial de la variedad de *kanji*, y otra para la racionalización del sistema de *kana*. Todos estos cambios, junto con las modificaciones introducidas posteriormente, eran encaminados a hacer del japonés una lengua más funcional y asequible para todo el mundo, acorde con las demandas de los nuevos tiempos. La experiencia durante más de cincuenta años transcurridos desde entonces parece dar una respuesta más bien positiva a las expectativas depositadas en las reformas.

La visión imperialista del japonés fue derrotada, y con ella muchos lingüistas y filólogos pasaron a la historia. Sin embargo, algunos aspectos de la filosofía lingüística de Ueda y sus discípulos sobrevivieron hasta después de la guerra. De hecho, el debate en torno a las dos grandes medidas tomadas en la posguerra se puede situar hasta cierto punto en una línea continua que partió de las ideas racionalistas de Ueda, aunque tal continuidad no supone necesariamente referencias explícitas a su nombre.

¿Qué hay que decir con los dialectos? Los dialectos, con su propia dinámica de transformación, aún siguen con sus hablantes de siempre, aunque las dificultades para la comunicación son cada vez menos graves, debido a la difusión del conocimiento sobre el japonés estándar. El japonés estándar funciona, más que nada, como un modelo de referencia que hoy la inmensa mayoría de los japoneses al menos lo entienden. Pero el uso activo del japonés estándar se limita a situaciones más o menos formales, y para no pocos japoneses es prácticamente sinónimo del lenguaje que usan los locutores de la televisión estatal.

Una de las razones importantes que han permitido la subsistencia de los dialectos se puede encontrar, una vez más, en los límites de la estandarización del japonés a los que nos hemos referido a lo largo de este artículo: los esfuerzos para la estandarización sacaron efectos más bien modestos sobre la práctica cotidiana de la lengua hablada, aunque en la escrita sí consiguieron crear un estilo bastante homogéneo, y mucho más moderno que el que se utilizaba hasta hace poco más de un siglo. Dentro de este panorama, el uso de dialectos está reservado básicamente a la comunicación oral, y pocas veces se intenta escribir fuera del japonés estándar. Naturalmente hay excepciones valiosas, tales como la publicación de obras de literatura en dialecto o emisión de algunos programas de televisión en canales locales, etc. Pero, son intentos esporádicos y dispersos que de momento no parecen cuajar en movimientos de mayor alcance.

Cabría pensar que la ausencia de la práctica escrita en dialectos es una muestra de la actitud pasiva y débil que adoptan los japoneses en defensa de sus hablas. Sin entrar en la valoración de esta posible interpretación, lo que no se

debe olvidar es el papel que han desempeñado los caracteres chinos adaptados al japonés, los *kanji*, como soporte de la comunicación y sustento de la conceptualización de todos los que viven de alguna manera dentro de la vasta realidad lingüística y cultural que representa la lengua japonesa. Los *kanji*, y el sistema de escritura apoyado por ellos, a pesar de sus complejidades formales y las dificultades prácticas, tienen una virtud no despreciable, ya que constituyen una herramienta multilingüe que funciona a pesar de las diferencias fonéticas existentes y que supera o al menos acorta las distancias, de otra manera insuperables, entre las más alejadas modalidades dialectales.